

CASTILLEJO, CRISTÓBAL DE (CA. 1490-1550)

LA HISTORIA DE PÍRAMO Y TISBE
(Traducida de Ovidio)

ÍNDICE:

DEDICATORIA
HISTORIA
REMATE
QUERRELLA AL AMOR

DEDICATORIA

A la señora Ana de Xomburg

Generosa y magnífica señora: Con el deseo que siempre he tenido, y agora más que nunca, de hacer algún servicio a vuesamerced, he mirado y revuelto mi recámara, y no hallo en toda ella para ello sino palabras y plumas, y no todas verdaderas ni de mucha autoridad; de las cuales, por no dilatar más años mi propósito, he acordado de dar, en éste de 28, alguna parte a vuesamerced, y presentarle la historia o fábula de Píramo y Tisbe, antiguos y leales amadores, y tan leales, que si es verdad lo que Ovidio escribe dellos y lo que yo he trasladado dél, les costó la vida a ambos, según vuesamerced podrá ver por el desastrado suceso de sus penados amores. Simples fueron, a mi parecer, en matarse así con el calor del amor y de la edad; porque pudieron esperar a resfriarse y envejecerse, especialmente si vinieran a palacio y a Alemaña, como yo; pero quisieron perder la vida a trueco de la fama. Y pues es hecho, y no podemos ayudarles con consejo, obra piadosa y justa será acordarnos dellos. Vuesamerced haga en el caso por su parte lo que le pareciere según su limpia conciencia; que no quiero ponerla en obligación, ni pedir otra merced de mi trabajo, sino que, no pudiendo bien leer o entender estas locuras de amor, tome un acompañado para ello que le ayude de mala, el cual quede a voluntad y elección de vuesamerced, cuyas manos beso.

HISTORIA

Grandes, muy grandes, Amor,
Son tus hechos por do vas,

Y fueron siempre jamás;
Sabido fué tu dolor
Cinco mil años atrás.
Con tus flechas triunfantes
Los morales, que de antes
Blanco nos daban el fruto,
Tú los cubriste de luto
Con sangre de dos amantes.

Píramo, gentil galán,
Y Tisbe, muy linda dama,
Los cuales al que bien ama
Puestos por exemplo están
En los libros de la fama;
Siendo entrambos igualmente,
Entre la florida gente
De mancebos y doncellas,
Las dos personas más bellas
Que nunca tuvo el Oriente.

Acertaron a tener
Las casas de sus moradas
Pared en medio pegadas;
Pero, como suele ser,
Con fuerte muro cerradas,
En aquella muy nombrada
Ciudad y muy señalada
Que Semíramis cercó,
Donde amor siempre reinó,
Gran Babilonia llamada.

Su primer conocimiento
Manó de la vecindad;
Y con el tiempo y edad,
Con igual consentimiento
Fué creciendo el amistad.
Y si libertad tuvieran,
De buena gana quisieran
Juntarse por casamiento;
Mas vedáronlo sin tiento
Sus padres, que no debieran.

Pero no pueden vedar
Que la amorosa porfía
Que en sus entrañas ardía
Los dexase de quemar,

Amando más cada día;
Antes el defendimiento
Y nuevo encarescimiento,
Según suele acaescer,
Puso espuelas al querer
Y velas al pensamiento.

Medianero no tenían
Ni de nadie se fiaban;
Solamente se miraban,
Y por señas se entendían
Y con los ojos hablaban;
Mediante lo cual crecía
Su tormento todavía,
Y el fuego que los quemaba,
Cuanto más cubierto andaba,
Dos tantos más se encendía.

De suerte qu'en sus pasiones,
El mayor de sus cuidados
Era, viéndose penados,
No serle sus coraçones
A boca comunicados.
Y no pudiendo hallar
Camino para hablar,
Penaban sin resistencia
Hasta que la diligencia
Al cabo halló lugar.

La pared, a la ventura,
Que las casas dividía,
De luengo tiempo tenía
Un resquicio o hendedura
Desde cuando se hacía
Este vicio señalado,
Que en tanto tiempo pasado,
Aunque no estaba escondido,
Hasta allí nunca había sido
Jamás de nadie notado,

Entonces se echó de ver
¡Oh gran Dios omnipotente!
¿Qu'es lo que el amor no siente,
O qué se puede asconder
A su calor diligente?
Vosotros, amantes, fuistes

Los que primero lo vistes,
Ambos por un mismo tino,
Y dél hecistes camino
Para vuestras voces tristes.

Por aquel lugar estrecho
Pasaban después seguras
Las caricias y dulçuras
De su lastimado pecho,
Mezcladas con amarguras.
Por allí dentro enviaban
Del fuego en que se quemaban,
Muy pasico, las centellas,
Y las sabrosas querellas
Qu'el uno al otro se daban.

Los suspiros afligidos
Y halagos delicados,
De ambas partes enviados,
De ambas partes rescebidos,
Iban por allí guiados.
Y muchas veces que así
A hablarse por allí
Tisbe y Píramo venían,
Y daban y rescebían
El dulce aliento de sí,

Aumentándose la sed,
Con ello, de sus amores,
Y creciendo sus ardores,
Maldecían la pared,
Dándole tales clamores:
«¡Oh cruel muro envidioso,
Que estorbas nuestro reposo!
¿Qué te costaba dexar
De todo punto juntar
Nuestro cuerpo deseoso?

»¿Por qué se nos encaresce
Por ti lo que deseamos?
Y si lo que demandamos
Muy gran cosa te parece
Y así te lo confesamos,
Debrías, pues es más poca,
Si nuestra angustia te toca,
Abrirte y darnos lugar

Siquiera, para gozar
De la fruta de la boca.

»Pero no debemos serte
Ingratos, ni lo queremos;
Antes claro conocemos
Y confesamos deberte
El bien que agora tenemos,
Pues que por tí nos fué dado
Paso franco libertado
Para que nuestras fatigas
A las orejas amigas
Llevasen nuestro mandado».

Habiendo hecho deste arte
En vano, sin gualardón,
Su triste lamentación,
Cada uno por su parte,
Ambos por un coracón,
Ya que la noche llegaba,
Que el tiempo los apartaba,
Se despiden sospirando,
Cada cual dellos besando
La parte por donde estaba.

Mas la mañana siguiente,
Después que del cielo había
Quitado el alba del día
Las lumbres generalmente
De la escura noche y fría;
Y habiendo el sol colorado
Con su rayos enxugado
Las verdes yerbas heladas,
Y las tinieblas pasadas
De todo el mundo alumbrado,

Los dos amantes leales,
No habiendo mucho dormido,
Vuelven al lugar sabido
A comunicar sus males
Con muy pequeño roído;
Y habiendo primero dado
Ambos con igual cuidado
Muchas quexas, todas llenas
De las angustias y penas
De su vivir afanado;

No pudiendo más sufrir
Las batallas y torneos
De sus ansias y deseos,
Ni para los conseguir
Andar por tantos rodeos,
Acuerdan, sin más miceros
Letrados y consejeros,
Que deben ambos tentar
En la noche de engañar
Las guardas y los porteros,

Y salir secretamente
De casa sin claridad,
Y en la misma oscuridad,
por huir más de la gente,
Desamparar la ciudad;
Y que fuesen a juntarse,
Sin torcer ni desmandarse
Por el campo sin camino,
Al sepulcro del rey Nino,
Porque no puedan errarse;

Y que después de llegados,
Para que menos pudiesen,
Si acaso gentes viniesen,
Ser de ninguno mirados,
Ordenan que se escondiesen
So la cubierta sombría
De un gran moral que cubría
Parte del campo labrado,
De moras blancas cargado,
Cerca de una fuente fría.

El concierto les agrada,
Y ya les parecía
Que caminaba tardía,
Tanto, que ya les enfada,
La luz del sol de aquel día,
La cual, sin se detener,
Da priesa por se meter
En las mismas aguas, donde
También la noche se asconde,
Y dellas torna a nacer.

Pues la noche ya venida,

Y siendo el tiempo llegado,
Por ambos tan deseado,
A Tisbe no se le olvida
Lo que estaba concertado;
Y aunque era dama encerrada,
De padre y madre guardada,
Personas de autoridad,
No halla dificultad
para cumplir su jornada.

No da por inconveniente
Haber sido su salida
Antes de tiempo sentida,
Ni haber estado doliente,
Ocupada o impedida;
Ni compone haber estado
Toda la noche a su lado
Su madre, siempre despierta,
Ni haber quedado la puerta
Cerrada con el candado.

Guárdeos Dios que amor atice
El fuego qu'el mismo hace;
Que aunque temor amenace,
Él hace en fin lo que dice,
Y dice lo que os place.
De achaques anda desnudo,
De manera que no dudo,
Antes lo doy por aviso,
Que aquella pudo que quiso,
Y si no quiso, no pudo.

Así que, Tisbe primera
Los de su casa desmiente;
Y a escuras muy diestramente
Vuelve el quicio y sale fuera,
Que ninguno no la siente;
Y con un velo delgado
Su lindo rostro atapado,
Al gran sepulcro llegó,
Y a la sombra se sentó
Del árbol atrás contado.

Amor le daba osadía,
Afición la acompañaba,
Deseo la apresuraba,

Su fee la favorescía,
Mas fortuna contrastaba.
A deshora, sin más cuenta,
Ella estando muy contenta
De ver allí su persona,
Vió venir una leona,
La boca toda sangrienta.

La cual, habiendo aquel día
Hecho carne frescamente,
Con la hartura reciamente
A matar la sed venía
A aquella vecina fuente;
Y como Tisbe la vió
De leños, y conoció
A los rayos de la luna,
Gota de sangre ninguna
En su cuerpo le quedó.

Así, con vista tan nueva,
Casi muerta, d'espantada,
Fué corriendo apresurada
A meterse en una cueva,
De allí no muy apartada;
Pero mientras así huía,
El manto que le cobría
Se le cayó por detrás;
Y ella no curó dél más,
Con el temor que tenía.

La cruel leona brava,
Desde con agua, infinita
Refrenó su sed maldita
Cuando al monte se tornaba
Por do su furia la incita,
Hallando acaso allí echada
Aquella ropa delgada
Sin la que allí la dexó,
Toda la despedazó
Con su boca ensangrentada.

Píramo, que más tarde era
Salido, cuando llegó
Y en el polvo claras vió
Las pisadas de la fiera,
Toda la color perdió;

Y como también caída
Viese, y en sangre teñida,
La ropa de la inocente,
Suspirando fieramente,
Dixo con voz dolorida:

«Pues el manto tal está
Muerta es Tisbe; y pues los hados
Así se muestran airados,
Esta noche acabará
A entrambos enamorados;
De los cuales ella fuera,
Si ley en la vida hubiera,
Digna de muy larga vida;
Que mi alma, su homicida,
Es la qu'es justo que muera.

»Yo, yo mesmo, miserable,
¡Triste de mí! te maté,
Y de noche ir te mandé
A lugar tan espantable,
Y antes que tú no llegué.
¡Oh leones! ¡Oh alimañas
Que estáis en estas montañas!
Mi cuerpo despedaçad
Y a bocados arrancad
Estas malditas entrañas.

»Pero de hombre de vil suerte,
Temeroso y menos fiel
Es en caso tan cruel
Desear de otro la muerte,
Pudiendo dársela él».
Esto dicho, levantó
El manto que allí halló
De la su Tisbe leal,
Y a la sombra del moral
Del concierto lo llevó.

Y después de haber mojado
Con lágrimas a hartura
La sangrienta vestidura,
Y muchas veces besado,
Díxole con amargura:
«¡Oh ropa sin alegría!
Pues gustaste en compañía

La sangre de tu señora,
Rescibe también agora
Algún gusto de la mía».

Luego con su misma espada,
De su propia voluntad,
Se hirió sin piedad,
Metiéndola por la hijada
Con estraña crueldad;
Mas tornó súpitamente
A sacarla encontinente,
Ya muriendo desmayado,
Y cayó allí trastornado
Sobre la tierra caliente.

La sangre surte muy alta,
Ni más ni menos que un caño
Que acaso rescibe daño
Y se rompe por la falta
Del plomo, herro o estaño,
Y por un resquicio estrecho
Arroja muy largo trecho
Las aguas, que van con pena,
Y con sus golpes barrena
Y rompe el aire derecho.

La fruta del árbol, siendo
Con la sangre rociada,
La raíz también mojada,
Luego se fué convirtiendo
En forma negra mudada.
Y las moras a deshora,
Siendo la muerte pintora,
Se tiñeron desde allí
En color de carmesí,
Como las vemos agora.

Tisbe en este mesmo estante,
Aun no habiendo despedido
El gran miedo rescebido,
Por no burlar al amante,
Vuelve al puesto conoscido;
Y con ojos y cuidado
Buscaba su enamorado,
Deseándole hallar
Para poderle contar

Su gran peligro pasado;

Y como más se acercó,
Aunqu'el lugar conocía,
Y el árbol también, que había
Bien visto cuando llegó,
Y en memoria le tenía,
La nueva color trocada
De la fruta en él hallada
La desatina y altera;
Que no sabe si aquel era
Adonde estuvo asentada.

Mas estando d'esta suerte
Dudosa, toda temblando,
Vió estar el cuerpo sangrando
Con la basca de la muerte
En el suelo golpeando;
Y vista cosa tan fiera,
Retiróse para afuera,
Con el espanto, de presto,
Llevando su blanco gesto
Más amarillo que cera;

Y más fría que la nieve,
Del pavor despeluzada,
Quedó tremiendo turbada,
Como se estremece y mueve
La brava mar alterada
Cuando algún viento delgado.
D'ella mesma levantado,
A deshora la lastima,
Apremiándola por cima
Con rigor demasiado.

Mas después que reparó,
Y conosció sus amores,
Con claros llantos mayores
Sus lindos pechos hirió,
Dello no merescedores;
Y sus cabellos mesando,
El cuerpo amado abraçando,
Con sus lágrimas suplía
En la herida vacía
La sangre que iba faltando;

Y mezclándola con ellas,
Y con muy grande agonía,
Besando la boca fría,
Clama y da tales querellas
Al alma que se salía:
«¡Oh Píramo deseado!
¿Qué caso tan desastrado,
Qué desastre tan cruel
Ha sido, señor, aquel
Que así de mí te ha quitado?

»Responde, Píramo mío,
Tu amada Tisbe te llama;
Oye y mira a quien te ama,
Levanta tu rostro frío,
Echado en tan dura cama».
Píramo, cuando esto oyó,
Al nombre de Tisbe alzó
Sus ojos mortificados;
Mas juego fueron tornados
A cerrar, desde que la vió.

Y ella, como conociere
Allí su ropa sutil,
Y la vaina de marfil
De Píramo también viese
Sin el espada gentil,
Conociendo el mal recado,
Dixo luego: «¡Oh desdichado!
Tu mesma mano, señor,
Y la sobra del amor
Son los que te han acabado.

»Pues también tengo yo en mí
Manos fuertes y atrevidas,
Y amor a velas tendidas,
Que me darán, como a ti,
Fuerça para las heridas,
Muerto de muerte tan fiera,
Te seguiré por do quiera;
Y si huí, porque no huya
Causa de la muerte tuya,
También seré compañera.

»Y tú, que con sola aquella
Podías ser apartado

De mí, mas no de mi grado,
No lo serás ni con ella,
Pues irás acompañado;
Mas vosotros, muy honrados
Padres desaventurados,
Suyo y mío en compañía,
De su parte y de la mía
Holgad de quedar rogados.

»Que aquellos a quien así
Amor y fee verdadera
Y la hora postrimera
Ayuntaron hoy aquí
Con voluntad tan entera;
Porque su fuerte ventura,
Que en vida les fué tan dura,
Aun después de ella convenga,
No hayáis por mal que los tenga
Una mesma sepultura.

»Y tú, moral, que al presente
Cubres aquí donde estás
Un cuerpo muerto, y no más
Del uno, y en continente
Los de los dos cubrirás,
Guarda muy bien las señales
Y los indicios mortales
De nuestra cruda matança,
Pues tanta parte te alcanza
De nuestros últimos males.

»Y siempre tu fruta sea,
Cual es mi triste tesoro,
Negra de color de moro,
Que es comúnmente librea
Para luto y para lloro;
Del cual tu vista adornada,
Tu tristeza señalada
A todos será notoria,
En remembrança y memoria
De la sangre en ti juntada».

Esto dicho, levantó
Del suelo la triste espada.
Que aun no estaba enfriada
Del calor que rescibió

En la matança pasada;
Y poniéndola de hecho
En lo baxo de su pecho,
Dexóse caer sobre ella,
Dando fin a su querella
Y a sus angustias de hecho.

Mas su demanda a la hora
Fué por los dioses oída
Y por sus padres complida,
Como vernos ser la mora
Negra, su sazón venida;
Y lo que dellos sobró
Del fuego que los quemó,
Una sombra lo cobija
En una mesma vasija,
Donde guardado quedó.

REMATE

No hay temor
Que no le prive el amor.
El peligro de la vida,
Y a veces el de la fama,
Al que bien de veras ama
A más osar le convida.
Si la llama está encendida
Del amor,
También se quema el temor.

QUERELLA AL AMOR

Al reclamo del deseo
Me llevas, Amor, tras ti,
Perdido tras lo que veo,
Engañado en lo que creo
Y enajenado de mí.
Bien burlado,
Pero mal escarmentado;
Mil veces preso y vendido,
Y algunas arrepentido,
Pero jamás enmendado.

Dime, Amor, perseguidor

Del flaco poder humano,
¿Cuándo habrá fin tu furor
Para sentir el error
Con que causas mi liviano
Desatino?
El apetito malino
¿Cuándo dormiré su sueño,
Que a despecho de su dueño
Está ladrando contino?

¿Cuándo me tengo de ver
Libre deste desvarío?
Que pienso no puede ser,
Pues nunca pude hacer
Que dexase de ser mío,
Ni yo suyo.
Entonces más me destruyo
Cuando más lo contradigo,
Y más de cerca lo sigo
Cuando pienso que lo huyo.

Bien como el fuego encendido,
Que, con el agua rociado,
Queda, sin ser resistido,
Muy más ensoberbescido,
Con su contrario curado,
Y la sciencia,
En tan rebelde dolencia
No la bastando a curar,
Es fuerça de acrescentar
Las fuerças de su potencia.

Amor ciego; tú me ciegas,
Tú me afliges, tú me aquejas;
Pídesme lo que me niegas,
Para herirme me allegas,
Para curarme me dexas
En poder
Y a manos de una mujer,
De quien, en lugar de cura,
Cien mil tragos de amargura
Me es forçado padescer.

Miedo he que esta importuna
Cruel guerra de natura,
Do no hay paz cierta ninguna,

Tuvo comienzo en la cuna
Y el fin dé en la sepultura;
Y el reposo
Aun allí será dudoso
Al espíritu penado,
Que siempre fué enamorado
Y de beldad deseoso.

Contra lo cual no han valido
El seso ni la bondad,
Ni contigo amor podido
Hacer trato ni partido
Que les dé seguridad
Verdadera;
Y la tregua lisonjera
Que algunas veces han hecho,
Tú no la has por tu derecho
Tenido por valedera.

Fué mi suerte, fué mi hado
Dolencia casi continua
De amor a mal de mi grado,
De mi natura forçado,
Que, sin yo querer, me inclina
A querer.
Y a no poderme abstener
De mirar y desear
Lo que sé que me ha de dar
Más tormento que placer.

Con tus insolencias vanas
No me catas cortesía,
Ni me las muestras más llanas
Con mis barbas y mis canas
Que cuando no las tenía;
Ni la edad,
Ya puesta en autoridad,
Honras y mayor estado,
Han contigo, Amor, bastado
A ponerme en libertad.

Contra tus locas pasiones
No aprovechan diligencias,
Negocios ni ocupaciones,
Ayunos ni confesiones,
Embaraços y dolencias

Ni cuidados,
Que, todos examinados
En mi secreto sentido,
Siempre los tuyos han sido
Más continos y pesados.

Al flaco que defenderse
No puede de su adversario,
Retirarse o asconderse
Le suele, para valerse,
Ser útil y nescesario;
Mas contigo,
Amor loco y enemigo,
No vale esta diligencia,
Porque no hay contigo ausencia;
Que do quiera vas conmigo.

Tus cuidados y tus penas,
Con que el mundo se destruye,
Por el mar y sus arenas
Y por las tierras ajenas
Van siguiendo a quien te huye,
Sin dexallo
En paz, a pie ni a caballo.
Yo, triste, pues ¿qué haré?
Dime, Amor, ¿adónde iré?
Que do voy allá te hallo.

De mil maneras padezco,
Espero lo que no espero,
De lo que tengo carezco,
Y lo que más aborrezco
Es lo mesmo que más quiero.
Soy captivo
De amores y fugitivo
Tornado por los cabellos;
No puedo vivir sin ellos,
Y con ellos menos vivo.

Dame, Amor, ya facultad
Que no piense en ti ni crea
Que puedes decir verdad,
Pues tanta dificultad
Hay en lo que se desea.
¡Ay del triste
A quien tú para amar diste

Inclinación de natura,
Y le falta la ventura
Del gozo que prometiste!

Pon en libertad mis ojos,
Manos, pies y corazón,
Para escusar los enojos
Que causa con sus antojos
Tu mala conversación
Trabajosa,
Por una parte sabrosa,
Por otra amarga y horrible,
En un momento apacible,
Y en el mismo rigurosa.

Y pues sin haber socorro
He sido, Amor, tu soldado,
Y tan viejo, que me corro,
Dame ya carta de horro
Para vivir descuidado,
Sin estar
En todo tiempo y lugar
Con mi seso peleando,
Y de contino pensando
En qué poderte agradar.

¡Ay del pobre que padesce
El dolor de que querello,
Que a cada paso se ofresce
Ver lo que bien me paresce,
Y no poder gozar dello!
Y así ando,
Como Tántalo, penando
Por lo que delante está,
Y por lo que se me va
De las manos sospirando.

Suplícote que nos digas
Por qué, Amor, tus desafueros
Y sospechas enemigas
Me cuestan tantas fatigas
Y congoxas y dineros.
¡Oh mal grado!
Que pagado o despagado
Cuando más me fuiste amigo
Nunca me tomé contigo

Sin salir descalabrado.

Entre las dificultades,
Trabajos, rabias y quejas,
Mudanças y novedades,
De tus importunidades
Sólo un consuelo me dexas,
Y es paciencia
Forçosa con penitencia,
Y que lo que no he alcanzado
Al menos no me ha quedado
Por descuido o negligencia.

La libertad del mirar,
Que nos das, ¿por qué se quita
A la boca de hablar
Y a las manos de tocar
Lo qu'el alma solicita?
No es razón
Ser de menos condición
Los otros miembros humanos,
Y que los ojos ufanos
Lleven todo el galardón.

Leyes son muy rigurosas
No poder gozar cualquiera
De las mujeres hermosas
Corno de las otras cosas,
Por ley común y soltera,
Sin andar
Obligados a pasar
Tantos enojos y males,
Al respeto de los cuales
Es nada nuestro gozar.

¡Oh gran Dios, y cuán gran mal
Fué poner nuestros placeres
En un tan descomunal
Y peligroso animal
Como lo son las mujeres,
Tras que andamos!
Y así el miedo que buscamos
Para nuestra enfermedad,
Fundado en su liviandad,
Tarde o nunca lo hallamos.

Quid levius vento? Fulmen.
Quid fulmine? Flamma.
Quid flamma? Mulier.
Quid muliere? Nihil.
¿Cuál cosa hay que ligera
Pasa al viento y no reposa?
El rayo que sale fuera.
¿Y al rayo? La llama fiera.
Y a la llama ¿qué otra cosa?
La mujer.

Y a la mujer en su ser
¿Qué cosa ligera y vana
La vencerá de liviana?
Ninguna a mi parecer.
De do viene que tu oficio
Amor loco, todo es viento,
Pues no puede el edificio
Carescer de falta y vicio
Donde es malo el fundamento
Imperfeto.

Y así al amante pobreto
Nunca le falta laceria,
Siendo vana la materia,
Y mucho más el sujeto.
Mas, caso que los amores
Vayan bien por parte dellas,
Siempre hay duelos y dolores,
Que a los pobres amadores
Dan mil causas de querellas
Y fatigas.

De las más ciertas amigas
No se escusan mil pasiones,
Gastos y tribulaciones,
A que, Amor, tú nos obligas.
Cuanto más que de las tales
Muy pocas hay al presente;
Todas son interesales,
Ya murieron las leales
Que en España antiguamente
Diz que había;

Tal uso paso solía,
Que las indias y mineras

Y otras gentes forasteras
Lo han hecho mercadería.

Entre los daños sin cuento
De tus yerros y mudanças,
No es el menor perdimiento
La porfía y siguiendo
Con las cuales
Nos causas, Amor, más males
Que si nos desesperases,
Y la cuenta rematases
De las esperanzas tales.

Mas yo, por mi desventura,
Nunca la vi fenescida,
Y entre una y otra locura,
Sin tener hora segura,
He consumido la vida
En prisión.
Mirad qué consolación
Para el mal de mi querella,
Que el mayor bien que hay en ella
Es la desesperación.

Gran ribaldo eres, Amor;
El Turco no se te iguala;
No quieres, por ser señor,
Que ningún tu servidor
Tenga fuerça que le vala;
Y si alguno,
De pesado e importuno
Y grave de soportar,
Se te puede comparar,
El gran Turco es solo uno.

Él es grande en demasía,
Y tú grande sin igual;
Él en hacer mal porfía,
Y tú de noche y de día
No cesas de hacer mal
A dos manos;
Él a los presos cristianos
Fuerça su ley confesar;
Y tú la fe renegar
A los más a ti cercanos.

Él no guarda fe ni sí
A hombre de su valía,
Tan poco como tú a mí;
Tan bien va contra el Sofí
Como contra el rey de Hungría.
Él no popa
A nadie en Asia ni Europa,
De cualquiera ley que sea;
Tú matas toda ralea
Y haces a toda ropa.

Él ha de todas naciones,
Suertes y formas de gentes,
Oficios y profesiones,
Estados y condiciones,
Por esclavos y sirvientes
Naturales;
Tú de estados desiguales
También tienes gran gentío,
Y aun llega tu señorío
A los brutos animales.

Cabe él hay diversos grados
De cargos, como baxanes,
Y otros grandes y privados,
Gençaros y soldados,
Sanjacos y capitanes
De su gente;
Y así, Amor, por consiguiente,
De los a ti sometidos
Hay diversos repartidos
En estado diferente.

El Turco con su grandeza
Hace grandes a los suyos
De dineros y riqueza;
Y tú, de tu gentileza,
Amor, también a los tuyos;
De tal suerte,
Que tienen que agradescerte
El bien que de ti les viene;
Mas ninguno dellos tiene
Castillo ni casa fuerte.

Tú y el Turco a la fin
Hacéis bienes y favores

Que salen al gallarín,
Como fué lo de Brain,
A los tristes servidores;
Cualquier don,
Mando, gracia o galardón
Que dais a vuestros vasallos,
Puede bien regocijallos,
Mas al fin esclavos son.

Ambos tractáis con desdén
A los malos y a los buenos;
Él tirano y tú también;
Él tiene a Jerusalén,
Y tú a Roma, que no es menos.
Tuya es
De la haz y del envés.
Sois una misma sustancia,
Él tiene liga con Francia,
Y tú das el mal francés.

Al olor de tu placer
Se beben tristes xarabes
Por mujeres que, a mi ver,
Son para nos ofender,
Como en el campo las aves;
Que las vemos,
Y con los ojos podemos,
Mirando, dellas gozar,
Mas queriéndolas tomar
Entre manos, las perdemos.

Y si alguno las gozó,
No por eso está pagado,
Porque, a lo que alcanço yo,
Nunca nadie se hartó
De aquello a que es inclinado.
No hay poder
Que baste a satisfacer
De amores al amador
Ni de juego al jugador
Ni al borracho de beber.

El avariento logrero
Cada vez sale a la plaça
Con más hambre de dinero,
Y al caçador o montero

Nunca le hasta la caça
Que mató;
Si otra de nuevo salió,
Es fuerça que la desee,
Y cada ciervo que vee
Es el primero que vió.

No sé de dónde te vino
Este nombre que te dan,
Amor, aunque eres latino,
Pues de título tan dino
Tus obras tan lexos van.
Fué postizo
De algún loco advenedizo,
Inventado por error;
Porque quien te llamó Amor
No supo lo que se hizo.

Más justo fuera Amargura
Que Amor por nombre ponerte,
Mordaza, Morbo, Locura,
Furia, Rabia, Mordedura,
Mortaja, Tártago, Muerte.
Mal paresce
Nombre que no se meresce,
En poder de Can-Cerberos;
Porque el amor verdadero
A sólo Dios pertenesce.